

Un d-a sent- el llamado. Santa Clara lo sinti³ tras varios encuentros secretos con Francisco, Santa Bernardita luego de las apariciones de la Virgen, y el de San Lorenzo fue tan fuerte que durante su martirio exig-a que lo tostaran mjs aún en su parrilla. Acababan de construir la parroquia de Santa Mar-a de los Apóstoles, en Periférico y Av. Pedregal (hoy Renato Leduc), a dos cuadras de mi casa. Ten-a siete años cuando la inauguraron y recuerdo la ilusión con que los tlalpenses asistieron a la primera misa oficiada en esa iglesia de arquitectura desafiante. Mi madre era católica entonces, así- que hicimos fila para saludar a monseñor Reynoso, el párroco. Por primera vez me enfrent a una escena que no he olvidado: con asco y fascinación vi cómo algunos de los fieles formados frente a mí- le besaban el anillo. Yo me limitó a darle la mano. Tras aquella misa, regres a mi casa sintiendo lo mismo que después de cualquier evento social: nada.

 Pero unos d-as después percibí- el llamado. Una furia demencial, incontrolable, me hizo escapar de mi casa, asistir a una misa y comulgar, para sentir a Dios en mi corazón. Hab-a practicado con mis primas el acto de la comunión. En el jardín nos pon-amos hojas secas en la boca y hacé-amos el esfuerzo de no masticarlas durante un buen rato. Así- que fue fácil comulgar, hincarme con devoción en mi sitio y esperar a que la hostia se derritiera.  Llegué a mi casa exultante, a contarle a mi mamá que hab-a recibido a Dios. Mi madre se enfureci³ y me advirti³ que eso cambiaba las cosas en la próxima celebración para la que mi hermana y yo nos preparábamos. Para ella, todo seguir-a igual. En mi caso, no podrá-a hacer la primera comunión de blanco, puesto que no era la primera.  Mi madre nos mand³ hacer los vestidos con las hermanas solteras de una t-a que siempre se vest-an de negro cuya casa, antigua, ol-a a humedad. Recuerdo que escogieron para mí- una tela de colores de inspiración floral (y pagana); en el caso de mi hermana, har-an una réplica idéntica al vestido de bodas de mi mamá.  El d-a de la primera comunión mi madre despert³ a mi hermana mucho mjs temprano. La ba±³, le acerc³ la ropa interior y la pein³ de bucles con unos trozos de tela tomados de una sábana. Le aplic³ un poco de su perfume, le puso el vestido y la dej³ sentada e inmóvil, como una muñeca antigua. Yo me puse el vestido corto con la cinta que se anudaba por detrás, me sent junto a ella y qued viendo mis zapatos. Ya en el convento, antes de la ceremonia, tras la que se servirá-an tamales y chocolate, mi hermana les dijo a las monjas que quer-a hacer pip-. Sol-citas, dos de ellas la acompañaron y la mayor me hizo señas de que también deb-a ir yo. Recuerdo haber pensado que seguramente las monjas cre-an que yo era el paje, pues me dieron el misal y la vela de mi hermana para que los sostuviera. Ya en el excusado, al ver cómo una religiosa tomaba el vestido de un lado y la otra del otro mientras mi hermana se inclinaba a orinar sin tocar la taza, recuerdo que pens: «Eso es una reina».

 Poco mjs recuerdo de mi primera comunión. Hubo una misa, un desayuno, regalos para mi hermana, hubo estampas que se repartieron entre la concurrencia. Lamento haber perdido el misal con cubiertas de concha nicar, porque me gustaba mucho. Es difícil guardar ese tipo de objetos cuando, a muy pocos d-as de haber entrado, Dios se sale de tu corazón.